

Psicosis y Psicoanálisis*

*Juan Carlos Plá***

I

Veamos: “Conferencia magistral por el Dr. Juan Carlos Plá I.” ¡Qué anuncio en el programa! Sería más suave para mí si “lobo estepario” mediante, le hubieran agregado VELADA ANARQUISTA. SOLO PARA LOCOS.

La iglesia magistral es la de los doctores en teología. ¡Santo cielo!, ¿será el psicoanálisis una doctrina?, ¿se han congregado ustedes como buenos catecúmenos?, ¿puede enseñarse acerca de los dioses que enloquecen, que nos enloquecen con su ausencia, con su presencia? ¿Quiénes serían los maestros? ¿Quién será ese Dr. Juan Carlos Plá? Cortando camino, inmediatamente, sin expresa ironía, alguien ha leído ya, ha interpretado ya: Dr. Juan Carlos Plá 1º. Travesura de un “malentendido” que convierte a un aviso protocolar, solemne, en una juguetona y desenfadada burla de mi locura, mi estimado doctor ¿por qué no nos revela el nombre de su madre? Y yo nomás como un megalómano magister inflado haría borrar el nombre de mí padre, el primer Juan Carlos Plá médico que conocí, el viejo pintor que un día me contó esta frase de mi abuelo: “Se necesitan tres generaciones para obtener un caballero”. Un buen hidalgo que, como sabemos, suele estar loco.

Con un error-acierto en la lectura, con un chiste, con un humor involuntario, entramos en el campo del psicoanálisis. Como experiencia del inconsciente. Como una específica disciplina del lenguaje habitado por el sujeto. Como una práctica en el horizonte de la ciencia, pero que no es una ciencia. Como la azarosa artesanía de un

* Versión grabada de una exposición en la II Jornada de AMERPI. “ Pte. Carranza 63, Colonia Coyoacán, 21. México D.F., México.

** Pte. Carranza 63, Colonia Coayacán, 21, México D. F., México

nuevo y contingente decir, decirse del sujeto. Rudimentaria fundación, la de cada análisis, en las fronteras de la locura. Disciplina, sí así cabe llamarle, que no se trasmite, sino que debe reinventarse en la singularidad de cada analizante, de cada analista. Que no deja en fin de ser cuestionada, en sus mismos fundamentos, por las experiencias con y de las psicosis.

Los psicoanalistas no podemos todavía desprendernos de las referencias a nuestros autores capitales: Freud, Lacan, Melanie Klein. Nuestro desafío actual, nuestra apuesta, es la de poder metabolizar las enseñanzas de los fundadores, de modo de poder reformular nuestra transferencia con ellos, con nuestros orígenes como analistas, con nuestra comunidad analítica. Se trata de ahondar en la transvaluación del ideal, de los ideales. De pensar otros elementos que nos permitan trabajar de manera inédita todo aquello representado por el padre, por los ancestros.

Lacan postula que el fenómeno psicótico implica esencialmente la forclusión (en términos freudianos, la abolición) de una significante clave, el del Nombre-del-padre. Estamos frente a una radical alteración del proceso de simbolización. La dimensión de lo real (lo imposible de simbolizar) es conceptualizada como decisiva para una aproximación psicoanalítica de las psicosis. Dimensión de lo real correlacionable, si bien no término a término, con lo que Freud plantea como irrupción traumática de la pulsión. De la pulsión en tanto que ingobernable, incontrolable, Incognoscible.

El psicoanálisis, que nos trabaja, que trabajamos, en el que nos movemos, se despliega a partir de una relación constitutiva con el deseo, con la palabra del Otro. Como sujetos nacemos del, con, en el O (o) tro. Otro primordial representado por la madre, dadora de vida, dadora del lenguaje. La madre, una referencia primera que, en lo simbólico, no significa ninguna garantía para el sujeto. Psicoanálisis de la alteridad de un saber que abre a la angustia de un determinante no saber acerca de sí, acerca del otro. En su operación, el sujeto que habla desmonta, como a un aparato paranoico, el dominio cognoscitivo. Lo desmonta diferenciando al Otro simbólico, conjunto significante, del *alter ego*, del otro imaginado. Operación que plantea de entrada, como fundamental, el doble y problemático movimiento del surgimiento alienado del sujeto en el O (o) tro y de su necesaria, subsecuente separación de éste. Separación que es imposible para el psicótico. Y que es la apuesta misma del trabajo en la transferencia.

¿Qué es una presencia otra en relación con el sujeto dividido? ¿Por qué el

superyó puede ser el nombre de la máxima destrucción subjetiva en la psicosis?

¿Cómo se da la presencia real del analista, como X, *primun movens* de la transferencia?

En la pizarra: notas lacanianas.

S———a (alter ego)

(ego) á ——— A (utre)

El Inconsciente: el discurso del Otro

El deseo: deseo del Otro (deseo del deseo del Otro)

El Ics: estructurado como un lenguaje

II

Quiero decirles algo que ya tiene sus años, un momento clínico, un momento de análisis. De una analizante a quien llamamos Esther. “Esther tiene treinta años, se dedica a estudios genéticos: al comenzar su análisis se gesta su tercer embarazo, su hijito mayor ha muerto súbitamente hace cinco años, tenía entonces un año. Su segundo hijo, Mario, de cuatro años ahora, padece, desde hace dos de frecuentes bronquitis asmátiformes. Los dos hermanos de Esther son considerablemente mayores que ella. Los recuerda ya casados. La muerte de su madre es un punto oscuro en la leyenda familiar. Habría muerto loca o de una enfermedad infecciosa, o envenenada, alguien la habría matado. ¿Su padre de Esther? Esther sería hija de un sobrino joven de la madre. *O tal vez le pase algo a Mano, aunque él tiene más suerte que este chico* (el de su vientre). *Fue una época de mala suerte cuando se murió mi madre y nací yo.* Un discurso de tono igual, que desliza casi imperceptiblemente tiempos, lugares, sujetos, traspasado por certezas secas, mortíferas, logra a veces una articulación siniestra, de la que ella no se entera. Esther es una mujer que hace cosas, no llora, no se violenta, mucha gente no sabe por qué, la teme. No puede pedirle nada a su marido. Sin demorar demasiado, van cobrando intensidad en el análisis las preguntas por ella misma.

Fragmento de una sesión: *...Cuando habla de mí me lastima, me lastima... Me siento a su merced... Me sentía muy desamparada ya dentro del útero ... es una fantasía mía ... yo nunca fui querida por mi madre ... me lo decían mis hermanos ... siendo un bebé, me dejaba en lo de mi abuelita ... pienso en el desamor que me tenía la locura me acerca a ella ... no sólo a ella ... a la muerte ... cuando me vuelvo loca., para acercarme a ella, tengo que expresar desamor a los demás, ¿por qué? ... nada puede ser como yo quisiera que fuera si me acerco a ella., siento culpa ... si me alejo de ella, siento culpa al acercarme a los demás, tengo miedo de mi desamor ... como si estuviera obligada a tener amor sólo por ella ... como que volver a ella y la muerte son lo mismo ... creo que tiene que ver con mi muerte embarazada ... **cuando ella se muere, fantaseo que me pide una prueba de amor... si ella no me quiere ¿cómo es posible que me pida que lo deje todo por ella?** Sino hago lo que ella quiere, cortará el cordón y quedaré desamparada, y es como si no tuviera nada, y ella fuera la posibilidad de tener un poquito ... aunque sea limosneado, tengo una necesidad muy grande de tener algo, aunque me dé cuenta del desamor..., por eso intento tanto morirme, acercarme a ello....”*

Con sus variantes singulares, cada análisis, en sus momentos de apertura más intensos, se ubica en esta zona. En algunas de sus cartas, Freud le escribía a Jung que en los tratamientos de sus pacientes histéricas, había un momento crucial de paranoia, un momento decisivo para el cambio. Cartas que nosotros leíamos hace muchos años desde una perspectiva kleiniana: perspectiva que en este punto es justa y no debe dejarse de lado. Jean Allouch cita estas cartas en un texto reciente. Lo subrayo: cada análisis lleva, en algún momento, la posibilidad de desaparecer en el O (o) tro, a la posibilidad de ser aniquilado en el O (o) tro. Como sí a la falta del O (o) tro, al deseo del O (o) tro, se le pudieran poner las palabras de un pedido de muerte, de mi muerte. Así Esther aparece como quedando desamparada si no accede a ese pedido, si no se une mortal, amorosamente con su madre.

Les recomiendo enormemente el libro de Rosina y Robert Lefort “Las estructuras de la psicosis”. En particular las notas clínicas y la elaboración del análisis de Robert “Le Loup”, niño psicótico de tres años de edad, con apenas unos rudimentos de lenguaje. Ahí surge claramente cómo tener Robert un deseo de él, tener algo de él, referirse a un objeto del Otro, ubicar a un objeto como faltándole a él y al Otro, era vivido por el niño como el riesgo (o la certeza) de la aniquilación del O (o) tro. Como el acto de su sideración (de Robert) por culpa. Un movimiento de deseo puede equivaler a

mi desaparición o a la del O (o) tro. Con este momento se vincula **cierta inmovilidad, cierta “riqueza”** (pongamos comillas) **psicótica al lado de nuestras madres.**

Las psicosis plantean urgentes problemas acerca del cuerpo propio. De cómo hacerse un cuerpo, tener un cuerpo, en el peligrosísimo cuerpo a cuerpo con, en el O (o) tro. Freud estableció definitivamente que el cuerpo en psicoanálisis, el cuerpo erógeno, el de las zonas erógenas, no es el biológico. Sino que se constituye en el cuerpo a cuerpo con la madre. La maestra que sensualiza al futuro amante. La fórmula de Lacan del “inconsciente estructurado como un lenguaje” implica que los cuerpos erógenos son cuerpos hablados hablantes. **Los cuerpos sintomáticos**, a través de los cuales se dice a medias (imposible decirlo toda) una cierta verdad del sujeto en relación con el O (o) tro. El inconsciente es un discurso transindividual, escribe Lacan. Este *trans* apunta a esta dimensión de los cuerpos como sintomáticos.

III

Un psicótico se produce en, por lo menos, tres generaciones

Ustedes lo saben, los locos nunca vienen solos. Un fogueado psiquiatra de Montevideo nos repetía con humor un aforismo suyo: “Cuando un paciente se Interna, es que la familia le ganó de mano”.

Las locuras se enlazan en el núcleo familiar. Lacan procuraba pensar la estructura nodal que relacionaría a dos o tres paranoicos con un cuarto que sería una “personalidad” (en el entendido de que la “personalidad” es paranoia). En un trabajo de hace once años, que publiqué en la Revista Uruguaya de Psicoanálisis, planteaba que la fantasía inconsciente debía ser leída como una escritura transindividual, en la intertextualidad. Hay analistas que piensan a los psicóticos como pre-estructurales. Es una simpleza. El trabajo haciéndose y por hacer, es el de la delimitación de estructuras complejas que den cuenta, aproximada, de la relación entre varios, en las psicosis. Varios y en varias generaciones, trabajo a realizar en cada historial concreto. Ya Lacan destacaba el valor precioso de la *folie-à-deux* para la investigación analítica. Luego de Nietzsche, Freud y Lacan postulan la división como estructura del sujeto. Debemos pensar y repensar las divisiones “malformantes” para cada psicótico y su grupo. El Uno

indiviso (individuo) es un avatar delirante.

En nuestro intento de trabajo y de trabajo en equipo, escuchamos al paciente psicótico, cuando escuchamos, como a una palabra rota en una red transindividual. Nuestra postura es la de creer en sus síntomas como un testimonio válido; de cómo y hasta qué grado es hablado por los otros, de cómo y hasta qué grado se halla impedido por un Otro absoluto. La de creer que en él, con él, algo extraordinario está teniendo lugar, tal vez un grito ante algo extraordinariamente destructivo que se revela como posible. Tal vez una inaudita transformación, vivida y recibida como la desaparición de toda ley precedente. Algo que espera, ¿de quién, de quiénes?, una creación absoluta, por la que todo retome transfigurado. Algo que nos toca en nuestras vidas sin fundamento. Algo que tiene una historia cuya temporalidad desconocemos.

Nuestra práctica con psicóticos reactualiza nuestro no-saber. Continuamente nos llama a una gran modestia, sin la cual no sería viable la despierta Inventiva que también nos es requerida. Modestia a inventiva no ajenas a una sencilla y firme decisión. Decisión de principio: algo está hablando que no sabemos, en y con el paciente, que nos concierne a todos, y por lo cual convocamos a hablar a todos y cada uno de sus familiares o allegados. Que hablen todos el suficiente tiempo. Decisión no sin un poco de audacia, que aprenderá a medirse. La palabra revela así más que nunca su brutal incertidumbre, su posibilidad de ser puntuada e interrumpida por terribles pasajes al acto. Palabra que es también posibilidad de conjuro del acto, de presenciar el crimen de otra forma, en la representación y el relato. Confiamos pues en lo precario, en la transferencia que contribuimos a crear con nuestra convicción (no ajena al delirio) de que algo habla en todos, de cada uno. No desconocemos las fantasías (o las conductas) de encerrar y/o matar al loco. Aunque vive arrepintiéndose de su acto, el psicoanálisis nace, se funda como ruptura del encierro de los locos.

No sé si podré traerles hoy a Viridiana, como un ejemplo de cómo, con esta saga a muchas voces, recogemos textos donde se entrecruzan discursos, imágenes, acontecimientos, actuaciones, sueños, fantasías, significantes que circulan a través de diversas generaciones. Y de cómo esta trama ampliada de la palabra permite disminuir apreciablemente el ahogo de la paciente.

IV

Desde el punto de vista analítico, el término “autismo” es altamente discutible

Introducido por Bleuler para designar un síntoma capital de las esquizofrenias; lo derivó del concepto freudiano de autoerotismo: un modo de re-encuentro del objeto libidinal en el propio cuerpo.

Concepto, el de autismo, válido como descripción psiquiátrica, como aproximación fenomenológica. No, si se lo considera como la expresión de un mundo completamente cerrado. O como explicado suficientemente por factores orgánicos. Con o sin lesión cerebral detectable, el autismo es una experiencia psicótica, una experiencia profundamente delirante. De ruptura del lenguaje, de muerte de la demanda al Otro. Aun Otro absoluto que nada desea fuera de si. Un O (o) tro con el cual sólo es posible una conexión libidinal por la vía de la máxima persecución. Un O (o) tro que aguarda nuestra muerte. Del cual la recibimos. Si es que algo recibimos.

V

Recodo mis notas. Abruptamente, como un autista, paso a unos fragmentos del artículo de Ossip Mandelstam “Del interlocutor”. Mandelstam, gran poeta judío ruso, víctima del stalinismo, fue el interlocutor poético, simbólico del extraordinario poeta de la lengua alemana, el también judío Paul Celan, seguramente uno de los mayores de este siglo.

Les leo: “Decidme, *¿en el loco*, qué es lo que os produce la más terrible impresión de locura? ... Por encima de todo tememos *la siniestra Indiferencia* que nos manifiesta. *Nada más terrible para un hombre que otro hombre para el cual él es estrictamente un no- advenido*”.

Habitualmente un hombre, cuando tiene algo que decir va hacia la gente, busca auditores. Pero el poeta es lo contrario. Se precipita “hacia el borde de los mares desiertos ... hacia el vasto rumor de los robledales”. ¿No es su rumbo a todas luces anormal? La sospecha de demencia recae sobre el poeta.”

“Y. ¿Con quién habla pues el poeta? ... El se relaciona sólo con su interlocutor providencial. Lo único que nos empuja hacia los brazos del Interlocutor es *el deseo de sorprendernos de nuestras propias palabras*, de ser cautivados por lo que ellas tienen de nuevo e inesperado... *La poesía en su conjunto se dirige siempre a un destinatario desconocido, cuya existencia el poeta no puede poner en duda, sin dudar de sí mismo*”.

Esta cita me parece ejemplar. Significativa vuelta para el autista situado aquí como el que nos afecta, como aquél que nos interpela, y nos hace preguntarnos y preguntar si realmente llegamos a ser un sujeto, si lo somos para alguien y para nosotros mismos. El poeta, con su fama de loco, necesita del O (o) tro para sorprenderse de sí mismo, para que pueda surgir lo nuevo e inesperado con sus palabras. En la existencia de ese O (o) tro cree, a partir de ella comienza. Aquí estamos llamándole poeta a las vicisitudes del sujeto.

Si el loco así nos interpela sobre nuestra posición, sobre dónde y cómo estamos, si es que estamos, es porque sobre él hemos hecho una transferencia, hemos ubicado en él un saber de nosotros mismos no sabido por nosotros (definición del Ics). Es porque creemos en él... y sentimos una promesa en algo que desde el loco nos interroga. Al fin y al cabo algo semejante a lo que hace él cuando delira. Hablan de él, dicen por ahí que... lo miran. Las voces atestiguan. lo ayudan a conllevar su certeza. Nuestra Intervención como analistas tiene, con el delirio, sólo una diferencia de estilo. En la medida en que podemos dejar de lado nuestro Yo, nuestra paranoia. Como analista creo, tal vez más genuinamente que el paranoico, que hay un saber en el Otro. Y estoy presente hasta los huesos, para abrir ahí un lugar de circulación del deseo y del lenguaje, un lugar de posibilidad de lo nuevo. El paranoico (el Yo de cada quien) condenado a repetir su propia imagen, vive lo nuevo como una amenaza catastrófica siniestra.

Con Freud y Lacan enfatizo el “entre” como donde se dé la experiencia del Ics. Entre la palabra y lo escrito. Entre la creencia y la explicación. Entre el sujeto y el O (o) tro. Entre el saber y la verdad.

Insisto, subrayo: es en el analista que empieza el proceso de la transferencia. En el que asume la posición loca de creer en el saber que en el O (o) tro terminará diciéndose.

Y lo que es capital siempre en el analista, lo es mucho más radicalmente con psicóticos: un movimiento hacia el O (o) tro, un movimiento implícito, estructural, pero también movimientos reales, indispensables cuando de psicóticos se trate. Aquí el tema de la promesa y de la espera en análisis. La espera de lo que no espera.

En el Seminario III, Lacan plantea al Yo como un determinativo, como lo que indica cómo hay que leer el texto, el relato de un paciente. Es el “Nadie” de Polifemo. La meta de cada análisis: arrancar la singularidad del astuto Ulises a los discursos que nos atraviesan, a los que solemos llamar resistencia.

VI

Viridiana, al fin. Brevemente, así la denominamos en nuestro equipo. Hace muy poco releí, lo había olvidado por completo, la comparación que efectúa Lacan de las fotos de Freud y sus discípulos con las fotos de la película de Buñuel. Viridiana y los suyos: un humor bárbaro sobre nosotros mismos. No me acuerdo si es de Lacan o de mi cosecha incluir en la comparación a los camaradas que se fotografiaban junto a Stalin o a Brejnev. Conjuntos de feos, de violentamente feos. Un espejo implacablemente autocrítico.

Viridiana: hace poco más de un año que trabajamos con ella. Padece de una epilepsia con focos temporales. Tiene ahora 26 años, desde hace más de ocho ha presentado múltiples episodios psicóticos agudos. Se enamora a los 16 años, a los dos meses se embaraza. Durante algunas semanas luchó a brazo partido con el novio y con la doctora que finalmente le hizo el legrado. Cuenta cómo era arrastrada a la casa de ésta. Cómo la atan y la desgarran. El le decía: pero *si de repente somos muy jóvenes y de repente no nos queremos*. Le respondía: *yo lo quiero a mí hilo aunque sea un asesino*.

A los 18 años, su primer brote delirante agudo. Siente que la miran en la calle, todo el mundo dice: *ya no es una señorita: ya perdió la virginidad está embarazada*. Se calma cuando, en un pasaje al acto, le confiesa a su padre toda su vida sexual. La internan, a los dos meses se casa. Pierde, bastante avanzado, el embarazo. Entierran a la criatura.

Es la quinta de ocho hermanos. De niña la olvidaban, salían de pronto, quien sabe por qué, al llegar al Ajusco o a otro lugar se daban cuenta de que Viridiana no estaba. Había estado jugando por ahí, no estaba en el auto. A sus 6 años, en un balneario donde los padres se estaban bañando con lodo, Viridiana, en una alberca vecina, cae ahogándose, se hunde varias veces, grita, está sola, alguien la saca. Ha perdido el conocimiento, la salvan con respiración artificial. Nadie de la familia había oído. Días después, cuenta ella, limpiando la alberca, encontraron a un hombre muerto.

El ahogo, el lodo, el hombre muerto, el olvido de ella por sus familiares. Viridiana la ahogada, la olvidada. La historia. El lodo en su sexualidad, vivida “perversamente” con su novio: un gran desafío al padre. En su relato de un episodio no podemos discernir cuánto hay de fantasía delirante: era adolescente, en el rancho de su padre se encueraba, se metía lodo en la vagina y clamaba: *vean, vean aquí, la hija del candidato* (el padre lo era). Ella misma contaba, ¿fabulaba? los detalles y las ocurrencias sexuales con su novio, sus abortos. La familia la censuraba y la “cuidaba”. ¿Loca, perversa, asesina?

Nació un hijo; en el puerperio, otro cuadro delirante agudo. La relación con su hijo era muy posesiva y perversa. Le practicaba felacio, le daba besos de lengua, lo tenía al borde de la desorganización psicótica. Su marido la separó del niño, quedó primero con la madre y las hermanas de él, luego con su actual mujer.

En un octubre está en la casa de sus padres con su hijo. Sus padres se iban a casar por la iglesia, también un hermano de ella. Ese día la hermana preferida del padre, a quien llamaremos... Margarita Alba, con quien tenía una rivalidad atroz, en ese día con tantas señales como en el romance, Margarita Alba le espeta al chico de Viridiana, de 2-3 años: *¡báñate!, en esta casa no queremos mugrositos*. Viridiana tiene una explosión de cólera enorme. Saca un cuchillo, la hermana también. A duras penas el padre evitó la sangre, controlando a Viridiana. Fuera de sí llama a los suegros de ésta: *ahí les va, hagan lo que quieran, mátenla, pero no quiero saber más nada de ella*. Esa noche llegan unos señores a la casa, se dirigen hacia el dormitorio del padre y lo matan. Acude Margarita Alba, a tiros la dejan cuadripléjica. La desconfianza de la familia con respecto a Viridiana y a su marido fue terrible. Tenían la convicción de que eran los culpables. Los consuegros eran compadres. El padre del marido, también ligado a la política, era un hombre temible. Parece que el padre de Viridiana y su marido se habían

amenazado de muerte.

Su madre se llama Alba Margarita. Conocimos a Viridiana en ocasión de una explosión delirante aguda, alucinaba, presentía flores, margaritas con las que iba a salvar a una cuñada operada de una mano. La intuición de margaritas, el nombre de su madre y el de su hermana mayor, la acompañaban en su deambular alucinado por la carretera a Querétaro.

Llevaban un mes de entrevistas con nosotros cuando la madre le dice: *Sí, sí, yo he tenido muchos hijos y estoy enferma físicamente pero tú no has tenido casi hijos y por eso estás loca.* Al día siguiente la induce a hacerse una salpingooclaxia, para que no la embarace su ex-marido, con quien aún mantenía relaciones sexuales. Se entregó con una pasividad horrorosa al mandato de la madre. Los médicos y asistentes sociales firmaron la indicación de salpingooclaxia. Los locos no deben tener hijos. A las pocas semanas Viridiana recayó en un cuadro psicótico agudo.

Luego estuvo mejor, más calmada durante cerca de un año. Hace poco vuelve a recaer. Quería ir a la tumba de su padre. Una tía abuela había llegado a la casa, les hablaba del padre muerto y les preguntaba sobre lo que ellos habían hecho. Viridiana se acercó a fotos y objetos de su padre, su madre no la dejó. Hacia algunas semanas que ella preguntaba por su hijo; recién hace unos días que supo que había tenido una bronconeumonía y que casi se muere en el hospital. Quería ir a la tumba de su padre, para saber si se había muerto. Su madre que la veía mal, la vistió, le puso ropa de otras, calcetines de distinto color y la dejó salir a la calle. Caminó no sé cuantas horas, tomó no sé cuantos transportes. Deambulaba con una excitación sexual grande. Llegó a la tumba de su padre, oía que éste le pedía que lo sacaran, que estaba vivo. De otras tumbas también le hablaban.

Viridiana es el nombre de la mamá del padre. Algunos dicen que el abuelo paterno mató a un hermano del padre. Y que, por eso, en reacción, éste renunció a su apellido paterno, quedándose con el de su madre, Alvarez. Su madre, pues, se llamaba Viridiana Alvarez como nuestra paciente. ¿La segunda madre del padre?, ¿o la primera? Con esto termino.